

El Edén subvertido

Carlos A. Córdova

A partir de 1915, la restauración periódica de la moral puritana en los Estados Unidos inició un gradual cabildeo en la opinión pública en contra de los juegos de azar, las apuestas, la prostitución y el consumo de alcohol. Histeria que culminó en 1920, con la aprobación del Congreso de la Enmienda Volstead que impuso una férrea ley seca para todos los estados de la Unión Americana. Pero se trataba de una moralidad porosa, que podía ser evadida al simple paso de la frontera, donde los incipientes poblados mexicanos se estaban convirtiendo en grandes centros de diversiones prohibidas. De ser áridas rancherías, Tijuana y Mexicali se transformaron en iluminadas Sodoma y Gomorra. Leyenda negra de un ocio dorado. La generalizada corrupción de los gobernantes militares, la tradición china de combinar juego y opio, el dinero del algodón, junto al arribo de miles de norteamericanos sedientos, contribuyeron al floreciente y muy rentable mito de las ciudades del vicio. El Edén subvertido.

Jardinadas por el verde dólar, literalmente de la nada aparecieron gran cantidad de casas de juego, cantinas, fumaderos de opio, cabarets y prostíbulos. La disipación era generalizada. En junio de 1916, el gobernador bajacaliforniano, coronel Esteban Cantú, decretó el libre comercio de drogas, siempre y cuando fueran cubiertos los impuestos correspondientes.¹ Pero en 1928 la apertura de Agua Caliente en Tijuana dejó atrás la era de los burdeles alojados en barracas. Sus lujosas instalaciones incluían hotel, balneario, galgódromo y casino. Jugadores, músicos, cortesanas y artistas se reunieron bajo los candiles de cristal cortado y las llaves de oro macizo en los lavamanos. Los baños con azulejo italiano, el campo de golf y sobre todo la pintura mural en los cielos rasos atrajeron a teñidas *starlets* de Hollywood en autos interminables. La creciente prostitución formaba parte de la vida cotidiana.

Entre la oscilante tolerancia y la redada, la imagen pornográfica se convirtió en fetiche y souvenir. Las proezas de alcoba, logradas en oscuras habitaciones de motel, se convirtieron en un lucrativo mercado de fotografías clandestinas, que alimentó incluso a una discreta industria editorial.² Gracias a piadosas manos y conciencias avergonzadas, no sobrevive mucha de la pornografía mexicana del periodo.



Detectives, México, 16 de noviembre de 1931. Col. Hemeroteca Nacional, UNAM



"W", sin título, ca. 1935. Col. privada

Aquí presentamos dos ejemplos de esta visualidad. La primera, firmada apenas por una W, es una serie que alcanza un número de identificación tan alto como "xxx". Aun cuando es difícil de fechar, las impresiones parecen de mediados de los años treinta, usando la mitad de una placa para el registro, lo que nos habla de la fabricación sucesiva de impresiones duplicadas. En ella se mezclan escenas hetero y homosexuales de personajes usando antifaces, si-

guiendo la propuesta estética ideada por Ernest James Bellocq en Nueva Orleans. Lo que quizá sugiere conexiones aún por descubrir. La segunda, anónima, es una serie mucho más nutrida en que se describe el desinhibido encuentro de dos hetairas regordetas con un par de garañones, tan desnudos como enmascarados, lo que da lugar a interesantes combinaciones entre ellos. Tomada hacia 1945, es un interesante ejemplo de lo extenso de la producción fotográfica a partir de una sola *puesta en cama*.

La pornografía se pone en circulación porque se vende y se consume. Pero esta multiplicación de imágenes escandalizaban a más de uno. En 1933 se quejaba Eugenio de Zárraga: "Ahora se nos enseñan escenas pasionales con una espantosa realidad, tanta, que muchas veces casi nada tenemos que adivinar, porque lo vemos y oímos casi todo. Estamos en los tiempos en que el público ve y oye, con satisfacción, escenas que nunca deberían filmarse, que no es posible presenciar en ningún sitio de ningún país".³ Se equivocaba. En los límites de la legalidad, estas obscenas imágenes circularon profusamente. Vendidas discretamente en barberías, baños de vapor, cantinas, trastiendas y casas de citas a través de extensas redes comerciales.⁴

Para México las noticias sobre imaginaria erótica son escasas. La Compañía Industrial Fotográfica ofrecía coloreados desnudos desde 1915. Algunas tradiciones orales ubican en Guanajuato a un centro productor de imágenes licenciosas. Señalan incluso que Luis Calvillo (quien sellaba sus pequeñas fotografías como *Mustafá*) mezclaba entre sus vistas alguna imagen picante.⁵ Más allá no hay mucho. Las inquietantes estereoscópicas sobre un burdel seleccionadas por Ava Vargas; los misteriosos desnudos poblados de Juan Crisóstomo Méndez, entendidos como "microuniversos eróticos". Rompecabezas desarmado. A lo largo de la década de los treinta, discretos anuncios eran publicados en

revistas ilustradas mexicanas. Como aquel que ofrecía un centenar de fotografías “de hermosas modelos mexicanas seleccionadas” por la cantidad de un peso.⁶

Román Gubern encuentra cerca de veinte leyes del género,⁷ lo que señala la enorme convencionalidad que condiciona estas representaciones. Sospecho que la discusión es más compleja. Lo intrigante es la presencia reiterada, la generalizada fascinación. Lo significativo es la tendencia social hacia el

consumo de imágenes secretas.⁸ Bajo la luz de una historia de las mentalidades, la pornografía trata de las imágenes públicas de una sociedad que esconde bajo llave a sus ideas eróticas. Sobre la fotografía porno se discute mucho, mientras se sabe poco. Y muy poco. Queda mucho por entender. Más no debemos subestimar los alcances de su existencia periférica y marginal. No se trata de un gueto cultural conformado por pervertidos. Se trataría de suyo, de un fenómeno cultural de larga duración. Indiscretas, atisbamos las pulsiones, represiones, obsesiones y los modelos sexuales de una época. Finalmente un imaginario que confirmaría que lo sexual estaría más bien situado dentro de la cabeza del observador.



Autor no identificado, sin título, ca. 1945. Col. privada

Notas

- ¹ José Alfredo Gómez Estrada, *Realidad y ensueños. Historia parcial de Baja California a través de las leyendas*, Mexicali, Universidad Autónoma de Baja California, 1992, pp. 49-50.
- ² La *Tijuana Bible* es una variación de este comercio. Se trataba de folletos animados de pocas páginas, en los que se describían curiosas historias sexuales. Pese a su copiosa presencia, se trata de un género literario que no ha sido investigado. La mayoría usaba viñetas, pero algunos se ilustraron adhiriendo fotografías eróticas y hasta postales europeas de desnudos.
- ³ Eugenio de Zárraga, “La inmoralidad del cinematógrafo”, en *Revista de Revistas*, núm. 1201, México, 21 mayo, 1933, p. 27.
- ⁴ Una ruta abierta estaba en la tienda *El arte mexicano*, situada en el número 837 de la calle Halsted de Chicago. Hacia 1930, en este comercio se vendían las postales francesas de P.C. París, SOL y de J.B., las que sellaba en el reverso. No sería descartable que la tienda sirviera de puente entre las producciones pornográficas controladas por la Mafia en Chicago y las producciones eróticas del Edén subvertido.
- ⁵ Gustavo López, “Guanajuato, espiral de plata”, en *Cuartoscuro*, núm. 57, México, noviembre, 2002, p. 32.
- ⁶ Uno entre tantos, en *Revista de Revistas*, núm. 1201, México, 21 mayo 1933, p. 64.
- ⁷ Román Gubern Bernard, *La imagen pornográfica y otras perversiones ópticas*, Madrid, Akal, 1988.
- ⁸ Bernard Arcand, *El jaguar y el oso hormiguero. Antropología de la pornografía*, Buenos Aires, Nueva visión, 1993, pp. 35-53.